

XV

Voto de castidad

93.— En cuanto a la castidad, es necesario tener en cuenta con el menor movimiento, mirar al enemigo de lejos y no permitir que se acerque, y cuando asome y aparezca, hacerle guerra, reformando en primer lugar el entendimiento y juzgando como horrible hendidonez la más mínima cosa que huela al vicio contrario.

94.— Por tanto me propongo vivir con más cautela en este punto que en cualquier otro, huyendo de todo lo que puede ser peligroso. No trataré con mujeres, sino obligado de la obediencia y por suma necesidad, para ayudarlas a salvar sus almas, y aun esto con suma cautela; no las miraré a la cara, a menos con fijeza. Cuanto trate con señoras de consideración, procederé con despego, teniendo en la mente algún buen pensamiento, como cuando se trata con personas contagiadas o que pueden contagiar, que se tiene en la mano algún buen perfume. Divirtiéndolo la vista, terminaré el asunto con buen modo y sin causar extrañeza ni admiración. A este fin, no visitaré jamás a mujeres espirituales, sino en caso de grave enfermedad. Y durante las Misiones, no se permitirá la entrada de señoras en nuestras habitaciones, ni hablar con ninguna fuera del confesionario, a no ser en un caso inevitable, y entonces en lugar público y patente. En fin, pediré continuamente al Señor una castidad angélica, deseando no tener movimiento alguno contrario a esta santa virtud. Y en la confesión me acusaré aun de aquello que no es pecado, y de los primeros asaltos y pequeños principios de malas inclinaciones, usando en todo de gran rigor, pues es cierto que todo rigor será poco. Para

alcanzar una castidad angelical, haré cada día las doce inclinaciones sobredichas.

XVI

Voto de obediencia

95.— La santa obediencia es el principal y el más noble de los tres votos y por el cual el religioso es, o queda constituido, en estado verdaderamente religioso; y sin él, sería inútil toda otra industria para caminar a la perfección: por lo cual, me propongo observarlo con toda exactitud mediante la gracia del Señor.

96.— Pueden considerarse tres clases de obediencia.

La primera es la conformidad de la obra o acción con lo mandado, esto es, hacer tal cosa porque ha sido mandada.

La segunda es la conformidad de nuestra voluntad con la del superior, esto es, hacer la tal cosa porque el superior así lo manda.

La tercera es la conformidad de nuestra voluntad con la voluntad santísima de Dios reconocida y adorada en la voluntad del superior.

97.— Y puesto que esta última obediencia es la verdadera y la más perfecta, me propongo observarla de este modo: tendré en cuenta y consideración, en toda obediencia, la razón formal de que en ella se nos descubre y manifiesta la voluntad santísima de Dios; de suerte que debo tener por cierto que aquel que ordena y manda, no es el hombre, sino Dios: *Qui vos audit me audit.*

98.— Con la gracia de Dios me propongo hacer esto, no sólo virtualmente, por el propósito previo que llevo hecho, sino actualmente obedeciendo cada

vez con esta actual consideración, que el superior que ordena y manda es Dios en la tierra, obligándome a obedecerle por este solo fin, porque Dios así lo quiere, así lo ordena y así lo manda.

99.— De este modo me será más fácil obedecer, no sólo con la voluntad, sino también con el juicio; porque siendo Dios quien ordena y manda, cuanto El ordenare y mandare será siempre lo mejor, aunque a mi juicio pareciere lo contrario.

Esto, empero, se entiende cuando el superior no manda cosas pecaminosas o contrarias a nuestras leyes o opuestas a los mandatos de los Superiores Mayores, u otros casos semejantes, conforme al parecer de los Padres espirituales doctos y celosos.

100.— Propongo pues, obedecer a los compañeros de Misión, cuando no sea en cosas contrarias al reglamento y al aumento de la mayor gloria de Dios. Y en los viajes, al compañero que se me diere, acomodándome a su parecer en todo aquello que no sea ofensa de Dios, como tengo dicho arriba. En las cosas ordinarias obedeceré también al hermano y a otros que me mandaren, mirándolos a todos como a mis superiores.

101.— Al oír nombrar la santa obediencia, inclinaré la cabeza, teniendo por cosa muy cierta que, si la obediencia es mi guía en todas las cosas, gozaré de una verdadera paz y obraré en todo con suma quietud y descanso.

102.— Por tanto, ya vaya a las Misiones, ya me quede en el Convento o me ocupe en una cosa o en otra, nada me debe importar; tan grato me debe ser un oficio como otro, con tal que esté cierto que Dios así lo quiere.

103.— Respetaré, pues, a mi superior como re-

presentante de Dios en la tierra, guardándole toda reverencia, haciéndole inclinación de cabeza, no solamente a él, sino también a su celda cada vez que pase delante de ella, como que es el lugar donde está el vicegerente de Dios.

104.— No haré la más mínima cosa sin la obediencia. A este propósito he escrito aquí aun las cosas más menudas y pequeñas, para hacerlas con la obediencia del Padre espiritual y del Superior. Si me dicen que lo rompa y rasgue todo, al momento obedeceré y los arrojaré a las llamas. Y si me ordenaren que haga todo lo contrario de lo que he propuesto, obedeceré puntualmente.

105.— No haré más ni menos de aquello que me sea ordenado, protestando que con esta obediencia quiero vivir y con ella morir, y al solo nombre de obediencia inclinaré la cabeza.

XVII

La virtud de la religión

106.— En todo tiempo procuraré practicar de un modo especial otras tres virtudes, que después de las teologales, son las más excelentes, las más dignas, las más frecuentes en la práctica, y para mí las más necesarias a saber: la virtud de la *religión*, la *humildad* y la *caridad para con el prójimo*.

107.— En cuanto a la virtud de la religión que consiste en reconocer la divina excelencia, con una verdadera y humilde sumisión a la infinita Majestad de Dios, procuraré hacérmela familiar, primeramente con actos interiores, humillándome delante de Dios, reconociéndole por mi Señor y por dueño de mi alma, abatiéndome hasta el polvo delante de tan grande Majestad. Estos actos, los repetiré mu-

chas veces durante la oración. Y desde ahora para siempre hago intención de repetirlos cada vez que besare la tierra, me arrodillare delante del Santísimo, me inclinare delante de las imágenes de Jesús, de María y de los Santos, cuando tomare agua bendita, cuando dijere el *Confiteor* y otras oraciones. Cuando me postrare delante de Dios, y particularmente cada vez que mental o vocalmente diga: *Jesús mío, misericordia*, intento reconocer su misericordia como mar inmenso de todos los bienes. Más, porque al repetirlo muchas veces no podré formar siempre este concepto, desde ahora para siempre hago este pacto con Dios, de que todas las veces que dijere estas palabras, pretendo y es mi voluntad rendirle el culto que le es debido, y quisiera en todo momento reconocer la excelencia de majestad tan soberana con el entendimiento, con la voluntad, con la lengua y con todos mis sentidos interiores y exteriores.

108.— Por tanto, ejercitaré esta virtud de la religión al hacer actos de devoción que acostumbro a la Santa Cruz, a la Pasión del Señor, al Santísimo Sacramento, a la Santísima Virgen, al Angel de mi guarda, a los Santos, a sus Reliquias como también a las almas del Purgatorio.

109.— En cuanto a la Santa Cruz, me abrazaré frecuentemente con ella. La tendré en la mano viajando y aun durmiendo, besándola dondequiera que la encuentre, y diciendo: *¡O Crux, ave, spes, unica!* reconociéndola como fuente de todo bien.

XVII

Pasión de Jesús

110.— La Pasión del Señor la meditaré día y noche, particularmente rezando el Oficio divino, como lo puse arriba. Tendré también frecuentemente en mis labios la jaculatoria: *Passio Domini mei Jesu Christi sit semper in corde meo*.

111.— Procuraré por todas partes la devoción de tocar la campana a las tres de la tarde de todos los viernes, a fin de que todos los fieles recen en aquella hora tres *Pater* y *Ave* de rodillas, en memoria de la Pasión de Jesús agonizante en la Cruz recordando que el Hijo de Dios expiró entonces por nosotros y rogando por la conversión de los pecadores más obstinados.

112.— A fin de que la memoria de nuestro buen Jesús se imprima en los corazones de los hombres, extenderé y propagaré por todas partes el santo ejercicio del *Vía Crucis*, sin perdonar fatiga alguna para allanar las dificultades que se presenten, a fin de que se practique este santo ejercicio con frecuencia. Lo impondré por penitencia a los penitentes, y exhortaré a los confesores a que hagan lo mismo. Porque, introducida en el corazón de los hombres la memoria de la Pasión del Redentor, se introducirán también las buenas costumbres y disposiciones para todo bien.

XIX

Devoción al Santísimo Sacramento

113.— La devoción al Santísimo Sacramento será el centro de todos mis afectos, reverenciándole y adorándole dondequiera que lo hallare. Y así, luego que llegue a cualquier población, mi primera visita

será a Jesús Sacramentado, rezando la antífona *O sacrum convivium* con su oración, y venerándole con actos interiores y exteriores de adoración.

114.— Procuraré durante las Misiones que todos le acompañen con gran número de luces siempre que se lleve a los enfermos e introduciré en todas partes la *Congregación de la adoración perpetua al Santísimo Sacramentado*, procurando que todos elijan la hora, a fin de que siempre haya quien honre y adore a Jesús Sacramentado, al menos en aquellos lugares donde se pueda contar con cédulas o papeletas impresas.

115.— En obsequio y honra de este Augustísimo Sacramento, ordenaré mi vida para celebrar con recogimiento el santo Sacrificio de la Misa, en el cual se tributa y da a Dios su honor infinito. A este fin procuraré cumplir fielmente todo lo que he propuesto en el párrafo tercero de estos propósitos, sin dejar jamás cosa alguna.

XX

Devoción a María Santísima

116.— Deseo profesar ternísima devoción a la Santísima Virgen en cuyas santas manos he puesto y colocado el gran negocio de mi eterna salvación, amándola con ternura y afecto de hijo para su adorada madre y deseando que todos la amen y le rindan sumo y finísimo obsequio. A este fin predicaré su sermones con especial fervor de espíritu deseando que todos queden inflamados en el amor de tan gran Señora.

117.— Sobre todo seré devotísimo del misterio de la Inmaculada Concepción, sin abandonar jamás la empresa de verlo definido como dogma de fe y

solicitándolo por todos los caminos y modos posibles. Y esto aunque tuviese que dar por este motivo la sangre y la vida (1).

118.— Tendré junto al corazón una estampida de la Imaculada Concepción, con la cual bendeciré a los enfermos. Y tomándola con frecuencia en la mano, desahogaré con ellas mis afectos y la besaré devotamente.

119.— Jamás dejaré las devociones sobredichas de la mañana. Además haré las novenas de la Inmaculada Concepción, Natividad y Asunción, que consistirán en el rezo del *Magnificat* nueve veces con nueve genuflexiones, haciendo tres actos en cada genuflexión, esto es: de agradecimiento a la Santísima Trinidad, por las gracias concedidas a María Santísima en aquel misterio; de dolor de mis pecados, y de amor a Dios y a la Virgen.

120.— En las demás fiestas de María Santísima haré un Triduo con las mismas oraciones. Seré también devoto de la Virgen Dolorosa, meditando frecuentemente en sus dolores y compadeciéndome de ella en sus penas. A este fin llevaré sobre el pecho la sobredicha cruz con siete puntas para recuerdo y memoria local de los dolores de tan gran Señora.

XXI

Devoción al Santo Angel de la Guarda

121.— Tendré gran devoción al Santo Angel de la Guarda, hablando frecuentemente con él, pidiéndole consejo en mis dudas y ayuda en todos mis ejercicios espirituales, a fin de que me avise a su de-

(1) Este misterio fue definido el 8 de diciembre de 1854 Pío IX.

bido tiempo y me traiga a la memoria lo que he propuesto hacer para gloria de Dios.

122.— Lo invocaré de modo especial antes de predicar y hacer la oración, para que me ayude a unirme perfectamente con Dios. Y todas las noches rezaré el *Angele Dei* en honor suyo, a fin de que me asista y me defienda durante el sueño, conforme lo he propuesto arriba, y lo mismo haré por la mañana para que me asista durante el día.

XXII

Devoción de las almas del Purgatorio

123.— Socorreré todo cuanto me sea posible a las almas del Purgatorio haciéndoles donación de la parte satisfactoria de todas mis obras y de todas las indulgencias que ganase en la forma mencionada arriba.

Y cuando la Misión fuere muy larga, haré con fervor el sermón de las benditas almas, a fin de que sean socorridas por los fieles.

XXIII

De la humildad

124.— La virtud de la santa humildad es hermana de la virtud de la religión, con la diferencia de que la religión mira principalmente a la excelencia de Dios y en segundo lugar a nuestra vileza, y la humildad nos enseña a considerar primero nuestra vileza y secundariamente la excelencia de Dios. Quiero decir, que nos debemos humillar delante de Dios y delante de los hombres para honrar y enaltecer la excelencia divina.

125.— Pero ¡ay de mí! ¡Cuán lejos he estado hasta el presente de esta preciosa virtud, sin la cual todas las demás vienen al suelo! Me resuelvo, pues, con la gracia de Dios, a poner mi empeño particular al menos en algún grado.

126.— Cada día en el examen del mediodía, sobre la paz del corazón, daré una mirada interior para ver si ha sufrido alguna mengua esta santa virtud. Porque bien se sabe que todas las inquietudes de ordinario nacen o provienen de alguna falta de humildad.

127.— Distinguiré dos clases de humildad: humildad de entendimiento y humildad de voluntad. La primera me da a conocer mi nada, y la segunda me obliga a abrazar en todo los desprecios.

128.— En cuanto a la primera es a todas luces evidente que, mirando mi ser natural, físico y moral, todo me da a conocer manifiestamente mi nada y vilísima bajeza. Tanto más cuanto que Dios, que hace todas las cosas con altísimo y sumo consejo e infinita sabiduría, me ha hecho nacer pobre y vil, y ha querido que entre en una religión pobre, pobrísima. Por lo que le doy gracias de todo corazón, y nunca agradeceré bastante este grande beneficio. Porque el haber nacido de un pobre marinero, escaso de bienes de fortuna, es motivo poderoso para que yo baje la cabeza y me reconozca por el más vil de los hombres.

129.— En cuanto a mi ser sobrenatural, no pudiendo tener ni aun un buen pensamiento, sin una gracia actual, me anonada y me hace tocar como con las manos la suma esterilidad de mi pobre corazón, incapaz para todo bien, sin un influjo especial de la gracia.

130.— Si doy, pues, una mirada a la hez de mis gravísimo pecados, es un abismo sin fondo. Y aquello que decía con exageración el P. S. Francisco, reputándose el más grande pecador del mundo, lo debo yo decir de mí sin ninguna exageración, antes con toda verdad y llaneza. Y si hallo dificultad en formar este verdadero concepto, será, he aquí la más clara señal, porque soy el más soberbio de los hombres; pues teniendo a la vista una verdad evidente y tan clara, la soberbia me ciega y no me lo deja conocer. Pero con la gracia de Dios no quiero vivir más ciego. Y pongo por fundamento de esta virtud, que en mí no hay otra cosa que la nada, y el pecado. He aquí todo mi haber en este mundo: la *nada* y el *pecado*.

Mas no basta decirlo; conviene, es necesario sentirlo y con toda verdad en el corazón. Y esto es lo que pido al Señor para tener siempre la cabeza baja, bajísima.

131.— Tampoco basta esta humildad de entendimiento, pues también los demonios conocen sus miserias y con todo son soberbios. Clamo, pues, a Dios con las rodillas hincadas en tierra y le ruego por los méritos del P. S. Francisco que me dé una verdadera humildad de voluntad, amando el desprecio en todas las cosas, y me dé a conocer que vale más un átomo de desprecio que todos los honores del mundo. Conozco que éste es el bocado más amargo para mi naturaleza orgullosa; pero con la gracia de Dios estoy resuelto a aceptarlo, sufriendo voluntariamente todos los desprecios. Y no solamente sufrirlos, sino salirles al encuentro, desearlos y aun gozarme en ellos.

132.— Y aunque mientras escribo esto siento re-

prensión interior que me dice que en esto no digo la verdad y que no seré fiel a Dios, con todo procuraré animarme, queriendo sentirlo de veras y de corazón; pues sé que nada es imposible a la gracia del Señor la cual pediré con la acostumbrada jaculatoria *Jesús mío misericordia*, rogando a mi Dios me conceda la gracia de amar todo vilipendio, todo desprecio de los hombre, toda humillación y desdén de cualquier suerte que sea, y abrazando de buena voluntad los pequeños abatimientos que ocurrieren durante el día. Siendo por mi condición naturalmente distraído, ignorando como ignoro muchas cosas y siendo presumido en el obrar, quiero sacar de todo esto abundante cosecha de abatimientos y desprecios. Y cuando ocurriere el caso, me humillaré sin aducir excusas, diendo llanamente: *Es verdad soy un necio*. Y cuando se despierte en mi corazón algún pensamiento de soberbia, propia estimación o vanagloria, al punto haré un acto contrario, arrojándolo inmediatamente de mí, como se arrojan los pensamientos más perversos, y pidiendo la ayuda de Dios con la jaculatoria: *Jesús mío, misericordia*.

133. — *Pero para descender más minuciosamente a la práctica y no contentarme con solas palabras, procuraré ocuparme en el Convento gustosamente en los oficios más bajos como barrer, lavar los platos y ayudar a los hermanos en todo lo que pueda. Pero sobre todo refrenaré la lengua, no hablando jamás de mí mismo ni para bien ni para mal. Ni haré nunca mención de haber predicado en Roma, ni de sucesos favorables de las Misiones; exceptuando el caso de tener que autenticar la verdad de la doctrina de nuestras instrucciones y sermones, a fin de que, sabiendo los pueblos que nuestras doctrinas han si-*

do aprobadas en Roma, hagan de ellas el debido aprecio. Lo mismo digo de algún caso en que se juzgue que redundará en gloria de Dios hablar de las Misiones pasadas. Fuera de estos casos, en los cuales procuraré ser breve, seré muy cauteloso en hablar de mí mismo. En esto pondré asiduo y continuado empeño, estando siempre atento para que no salga de mí ninguna palabra que huela a soberbia y propia estimación. Lo cual me será fácil si tengo a raya mis pensamientos e hinchazón de espíritu, como tengo propuesto.

134.— En el hablar con los hermanos el escollo más duro y difícil de evitar es el propio juicio. Y aunque sea lícito exponer el propio parecer y aducir razones, no es lícito porfiar y pretender salir victorioso a todo trance. Bien sé que, aunque propongo evitarlo, faltaré muchas veces en este punto. Mas no por eso quiero dejar de proponer con todo fervor y plena deliberación. Y con la gracia de Dios resuelvo no porfiar jamás aunque sea en cosas buenas y virtuosas. sino que, después de haber expuesto mi parecer con modestia, me daré un pellizco en el brazo para que me sirva de recuerdo y me refrene, renovando el propósito de hablar con voz sumisa, sin agitación, con modestia y religiosidad, en todas las ocasiones. Cuando en esto faltare me impondré la penitencia de hacer tres cruces con la lengua en la tierra.

135.— Grabaré en mi mente esta máxima: que no llegaré jamás a la perfección y unión santa, sin un amor ferventísimo de Dios y sin un desprecio sumo y profundísimo de mí mismo. Para lo cual pediré frecuentemente al Señor la gracia eficaz para adquirir estas dos virtudes a saber: *amor y humildad*.

XXIV

La caridad

136.— Como la virtud de la caridad hacia el prójimo es la más cierta señal del verdadero amor de Dios, me propongo ejercitarla en todas las ocasiones. Y para no equivocarme en los principios, recordaré que hay un amor de caridad y amor propio. Querer al prójimo con amor propio, es quererse a sí mismo en el prójimo. Amarlo con amor de caridad, es amar a Dios en el prójimo; es amar al prójimo por amor de Dios y en orden de Dios.

137.— Con la gracia de Dios me propongo amar al prójimo como a imagen de Dios, no teniendo en cuenta genialidades, ni antipatías, ni inclinaciones, ni parentelas, ni dependencias, ni otros motivos semejantes que son fomento del espíritu de partido y adulteran la santa caridad, tanto más cuanto que la experiencia me enseña que los hombres múdanse a cada momento, y el que era antes amigo pasa, por una ligera sospecha, a ser contrario y aun enemigo. Por lo cual quiero unirme a solo Dios, el cual jamás se muda y amar a los prójimos con amor universal, mirando en todos la imagen de Dios.

138.— Ni esto impide mostrar mayor benevolencia a quien tiene mayor virtud, o cuando así lo reclama un justo agradecimiento, como lo han practicado los Santos, pues refiriéndose a Dios este agradecimiento, no empaña el esplendor de la caridad.

139.— Me abstendré de llevar empeños o memoriales a las Cortes, estipular matrimonios, colocar criadas y semejantes embarazados impropios de mi estado, y que me impedirían mayor bien; excepto algunos casos, en los cuales se puede favorecer y ayuar al prójimo sin daño propio, como sería dar

buenos consejos, o recomendar algún pobrecito, pudiendo hacer esto sin mengua de mayor bien.

140.— Cuando llegue el caso de no poder atender al que solicita de mi un favor, procuraré suplirlo con buenas palabras, dándole la negativa con buena gracia y señal de compasión y amor. Y no pudiendo socorrer al prójimo realmente por ser pobre, haré todos los días muchas limosnas intencionales; por ejemplo, viendo a un pobre diré: si me fuese lícito y tuviese cien doblones, se los daría a este pobrecito. Y de estas limosnas haré muchas al día.

141.— Practicaré espiritualmente la caridad con el prójimo, empleando toda mi vida en hacer cosas de caridad y misericordia espiritual procurando que los prójimos se pongan en gracia de Dios, si la poseen, instruirlos para que la aumenten siempre más, lo cual es el mayor bien y el máximo bien que se les puede procurar, y el mayor servicio que se les puede hacer a Dios.

142.— En esto me emplearé *ex todo corde*, sacrificándome día y noche en este santo empleo, ocupándome siempre de confesar, aconsejar, poner paz y predicar, atento siempre a no seguir el instinto de la naturaleza, sino el movimiento de la gracia, y renovando con frecuencia la intención pura y sencilla. Si en lo pasado sentía repugnancia en el misionar, ahora, empero, que dos Sumos Pontífices me han asegurado que esta es la voluntad santísima de Dios, en este punto me sacrifico de buena voluntad y Benedicto XIV me lo ha ordenado expresamente, esperando que en esto buscaré a solo Dios y no a mí mismo; por lo que deseo morir en las Misiones con las armas en la mano contra el infierno.

143.— Pero a fin de que en las Santas Misiones

se hagan todas las cosas ordenadamente, procuraré que se observe el reglamento hecho para precaver todo desconcierto, sobre todo en no omitirse la oración mental, el examen del mediodía y de la noche, la lección de la mesa y todo lo demás que está prescrito en el reglamento. Y en particular lo que se refiere a la prudencia, tanto en el predicar como en el confesar.

XXV

Predicación

144.— Por lo tanto a fin de dar buen ejemplo a los demás, antes de subir al púlpito a predicar, me postraré rostro en tierra, adorando a la majestad de Dios, haciendo un acto de contricción de mis pecados y defectos. Y humillándome, haré un acto de desconfianza de mí mismo, teniendo muy en cuenta que la compunción de los corazones y la conversión de los pecados es obra del brazo omnipotente de Dios y totalmente efecto de la gracia. Por lo cual, no haré caso alguno de mi habilidad, industria y estudio; sino que, desconfiando enteramente de mí mismo, me elevaré a Dios con una verdadera confianza, pidiendo esta limosna, que quiera compungir todos los corazones y convertir a todos los pecadores, repitiendo muchas veces: *Jesús mío, misericordia.*

145.— Después uniré mi corazón con el corazón de Jesús y de aquel Corazón bendito sacaré tanto fuego de caridad, que abraze los corazones de los oyentes, poniendo todas mis palabras en aquel sagrado costado, para que, empapadas y bañadas en la sangre de Jesús, se tornen eficaces y rindan los corazones.

146.— Después conjuraré a todos los demonios, mandándoles, de parte de Dios Omnipotente, que se retiren del auditorio, y no se atrevan a estorbar la compunción de los oyentes.

147.— A este fin me encomendaré a mi abogado San Vicente Ferrer para que me infunda aquel celo y energía que él tenía en el decir. Igualmente invocaré a todos los Angeles Custodios de los oyentes, para que me ayuden a conseguir la compunción de todos. Y rezaré un Padrenuestro y un Avemaría para que quiten de sus corazones los impedimentos de la compunción.

148.— Luego, pidiendo su bendición a la Santísima Virgen, le suplicaré que me bendiga la lengua y el corazón; hecho lo cual, me subiré al púlpito.

149.— Y sin este recogimiento y preparación, jamás predicaré, pues conozco y sé por experiencia que se hace más fruto con esto que con todo el estudio y otras humanas industrias y diligencias.

XXVI

Confesión

150.— Seré constante y asiduo en el confesionario, ocupándome más gustosamente en confesar a los pobres que a los ricos.

151.— Guardaré mayor cautela con las mujeres, no mirándolas fijamente a la cara y poniendo en el confesionario una cortinilla y no deteniéndome con ellas sino lo estrictamente necesario.

152.— Procuraré acoger a todos los penitentes con amabilidad, sin gritar ni impacientarme, ni exacerbarlos en lo más mínimo. Para lo cual tendré por regla tratarlos y recibirlos como yo desearía ser tra-

tado y recibido si me encontrase en el mismo caso y condición que ellos.

153.— Usaré de benignidad con todos, especialmente con los sencillos, con las viejecitas y rústicos, ya que estas almas de ordinario son más amadas de Dios.

154.— Si alguna vez conviniere mostrar autoridad y reprender a los obstinados y endurecidos, lo haré siempre con buenos modos y sin mostrar imperio y procurando que la reprensión no degenera en aspereza, dejándolos siempre consolados.

155.— Y si en algún caso no pudiere absolverlos, procuraré dulcificar este golpe con palabras dulces y blandas que les dé a comprender la razón de la negativa y mitiguen el dolor.

156.— Vigilaré también sobre los compañeros, para que no haya desconciertos, avisándoles caritativamente, a fin de que todo proceda con buen orden.

XXVII

Celo por la salvación de las almas

157.— Finalmente confiando que ayudando a salvar las almas de otros Dios salvará la mía, hago propósito de no retirarme ni hacerme nunca atrás cuando se trate de ayudar y hacer el bien a cualquier alma. Resuelvo y me propongo emplearme en esto siempre y en todas horas, a no ser que se atravesase por medio algún impedimento tal, que no pudiese hacer el bien al prójimo sin gran perturbación u omitir obras de mayor importancia. Con mayor razón todavía lo dejaré de hacer si el Padre espiritual o el Superior juzgasen lo contrario.

158.— Lo que digo de seglares más especialmente lo digo de los religiosos a todos los cuales amaré

como a hermanos, demostrándoles este amor aun exteriormente con maneras amables y benignas, haciendo en esto violencia a mi natural áspero y sostenido; esperando remediar con la gracia de Dios tantos defectos pasados; tratando a todos con amor y dulzura, no solamente como yo querría ser tratado, sino mucho mejor, y deseando que todos ellos sean más santos, más perfectos y más aventajados que yo en todo. Me guardaré de disgustar a ninguno ni con obras ni con palabras. Y si alguna vez sucediese esto, aunque sea en cosa mínima, me impondré al momento la penitencia, haciendo una cruz con la lengua en la tierra y pidiendo perdón al hermano.

XXVIII

Resumen de algunos puntos

159.— Para más facilitar, tanto el ejercicio de la caridad como el de las demás virtudes, pondré o fijaré la vista de mis deseos muy en alto, para ejercitar las virtudes en grado heroico. Y si bien en la práctica no llegaré jamás a tanto, sin embargo propongo hacerlo con suma perfección lo cual me ayudará para adelantar y no atrasar en el camino del Cielo.

Todo lo compendiaré aquí brevemente.

1.º Lo primero, me propongo ejercitar la fe, teniéndola más actuada y con más viveza que si viese con los ojos los misterios revelados. Y los tendré por verdaderos y por ciertos y con la misma certeza que los conoce por verdaderos el mismo Dios.

2.º Propongo ejercitar la esperanza con tan grande confianza como si estuviese segurísimo de mi eterna salvación y como si me hallara ya en el Cielo, fundado y apoyado sobre aquellos cuatro funda-

mentos incontrastables de esperar la gracia, la gloria y todos los bienes, que no son contrarios a la eterna salvación, porque Dios es *justo, fiel, misericordioso* y Omnipotente, esto es, porque *puede, quiere, lo ha prometido y debe cumplirlo*, tanto por la sangre que ha derramado por nosotros el divino Salvador nuestro Señor Jesucristo, como por las obras buenas que espero practicar con su divino auxilio.

3.º Propongo ejercitar la caridad hacia Dios con todo el fervor de la voluntad y en la porción más noble y esencial de esta pontencia, por solo respeto y atención a la suma bondad de Dios; y aunque supiese de cierto que me hubiese de condenar, eso no obstante, quiero amar a mi Dios con amor sumo únicamente porque El se lo merece.

En esto no quiero ser inferior a criatura alguna, y quiero amarle al par de cualquier otro ser, y querría poder igualar al amor intensísimo de la misma soberana Madre de Dios.

Estos actos de fe, esperanza y caridad serán el manjar ordinario de mi corazón noche y día, estando solo y acompañado repitiéndolos mucho y haciéndolos formal o implícitamente; y así los resumiré diciendo: *creo, espero y amo*; pues con esto tengo intención, desde ahora para siempre, de hacerlos en toda forma cada vez que dijere estas palabras.

4.º Propongo practicar la virtud de la religión en todo momento, por decirlo así, dando el debido culto a Dios con la lengua, con el corazón, con el cuerpo; besando la tierra, las cruces, las reliquias y otras imágenes sagradas; arrodillándome delante del Santísimo o tomando agua bendita; haciendo actos interiores de adoración a Dios al decir: *Jesús mío, misericordia* y otras jaculatorias semejantes. En suma,

procuraré no estar jamás ocioso, sino siempre ocupado exterior o interiormente en protestación de la divina excelencia y de mí nada delante de Dios.

5.º Propongo ejercitar la santa humildad no solamente en sufrir y amar los desprecios, sino también gozándome en ellos y deseándolos; teniendo en mucho aparecer vil a los ojos de todos, y portándome conforme a este sentir con todos: mirándoles como a superiores a mí en todas las cosas.

6.º Me propongo observar los santos votos y la caridad hacia el prójimo en el grado más eminente que me sea posible, obedeciendo en todo ciegamente; guardar una pureza angélica y una suma pobreza amando a todos con entrañabilísimo amor y más que a mí mismo.

7.º En suma, hago propósito de ejercitar todas las virtudes en el más alto y eminente grado de perfección, en el modo y forma que las han practicado los Santos más aventajados en virtud que hay en el Cielo.

Empero, como estos propósitos, aunque buenos y santos, si no van fundados en una verdadera y profunda humildad y desconfianza de mí mismo no servirán para otra cosa que para alimentar mi amor propio, confieso claramente, y lo siento en mi conciencia, que no sólo estoy muy lejos de estas virtudes heroicas cuando dista el cielo de la tierra, sino que en la practica no llegaré jamás a adquirirlas en mi vida sin una gracia especialísima de Dios, siendo muy cierto el sentimiento del Padre S. Francisco, que tanto somos cuanto somos delante de Dios y nada más, y tanto tenemos de virtud cuanto de ella mostramos en la práctica con las obras. Así es que sin este conocimiento claro y verdadero senti-

miento, los presentes propósitos no servirán de otra cosa que de alimentar mi vanidad y soberbia espiritual. Con todo eso, en la oración no dejaré de poner la mira alta, y de hacer propósitos de virtudes heroicas, para alcanzar al menos algún grado mediano y mediocre, como dicen los santos. Teniendo en cuenta que nuestro buen Dios no agradece ni premia otra cosa que la virtud, ésta, pues, procuraré adquirir en algún grado, empleando en esto toda mi industria y diligencia.

XXIX

Actos prácticos de la virtud

160.— Para llegar a la práctica de las virtudes me propongo algunos ejercicios prácticos; y veré y examinaré, en el día de retiro, si los he quebrantado; y hallando alguna falta, procuraré la enmienda. Son los siguientes:

1.º Me propongo una entera resignación en la voluntad santísima de Dios, recibiendo todas las cosas como venidas por disposición de la divina providencia. Y sin inquietarme jamás, guardando la paz del corazón diré muchas veces: *Hágase en mí, de mí, cerca de mí, y en todas mis cosas, tu santísima, perfectísima y amabilísima voluntad, ahora y siempre y por toda la eternidad. Amén.*

2.º Propongo mirar en el prójimo la imagen de Dios, y no corregir jamás a quien se halle turbado, sino aguardar oportunidad para hacerlo. Y cuando sea necesario corregir, lo haré con amor y benignidad.

3.º Soportaré los defectos de los hermanos y me compadeceré de sus debilidades, sin disminuir el buen concepto y reputación que de ellos se tiene.

4.º Echaré todas las cosas a la mejor parte, siempre que pueda, interpretaré bien todo lo que se ve u oye del prójimo.

5.º Nunca diré mal de ninguno, aunque sea en cosas ligeras, ni denigraré jamás en cosa alguna, por mínima que sea, el buen nombre del prójimo; y cuando oiga alguna cosa que mancille su fama, tomaré al punto su defensa, procurando excusarlo, teniendo muy presente esta máxima: *quien toca al prójimo toca a Dios*.

6.º No daré jamás ocasión, ni con hechos ni con palabras, de constriitar a alguno; sino que, antes de hablar, examinaré bien las palabras que se deben decir.

7.º Jamás porfiaré con algunos, y después de haber manifestado con modestia mi parecer, me aquietaré y lo dejaré pasar.

8.º Acogeré a los pecadores con ánimo sereno y jovial sin jamás exasperarlos con palabras impropias, antes bien usando toda suerte de benignidad para ganarlos a Dios.

9.º Haré bien a todos por amor a Jesucristo, sin esperar otro premio que la ingratitud y el desagradecimiento.

10.º Visitaré los enfermos con caridad especialmente después de la Misión, confesándolos y socorriéndolos en todas las maneras que me sea posible.

11. No hablaré jamás de mis cosas ni diré jamás cosa alguna que pueda redundar en mi alabanza.

12. No me fiaré jamás de mí mismo, pues no soy bueno para otra cosa que para cometer despropósitos.

13. Tendré por verdad que soy peor que una bestia y que como tal debo ser tratado de todos.

14. No me excusaré jamás cuando fuere reprendido; antes diré, conoceré y sentiré en el corazón que es mucho más lo que merezco.

15. No corregiré nunca a alguno, si antes no me juzgo peor que él.

16. No usaré jamás términos que huelan a autocracia o resabio de desprecio para los inferiores.

17. Huiré y aborreceré todas las demostraciones y señales de aplauso y estimación, gozándome, por el contrario, cuando me las den de desprecio, al menos en la parte superior.

18. Jamás haré alarde de ser misionero para tener mejor hospedaje o más comodidad en los viajes sino que gustaré de las incomodidades de la pobreza o mezquinos alojamientos, ora prevengan de la escasez de la comida, ora de las intemperies de los tiempos fríos o lluvias.

19. Me arrodillaré a los pies de los Sacerdotes, particularmente de los Curas, pidiéndoles su bendición antes de comenzar la Misión.

20. Obedeceré al Superior como a un Dios en la tierra.

21. Obedeceré también a los compañeros en todo aquello que no sea evidentemente contrario a la gloria de Dios y a la salvación de las almas.

22. Obedeceré a todos en las cosas indiferentes, sujetándome por amor a Dios a sus pareceres.

23. Estaré dispuesto a dejar, diferir e interrumpir las Misiones o cualquiera otra ocupación o empleo por seguir los dictámenes de la obediencia.

24. Procuraré guardar una castidad angélica, pi-diéndola frecuentemente a Dios por medio de la Santísima Virgen, y aborreceré como cosa fetidísima todo cuanto sea contrario a esta santa virtud.

25. No miraré, al menos fijamente, al rostro de las mujeres, ni las trataré sino por necesidad, y las despacharé con presteza.

26. Estimaré más la pureza de conciencia que todos los tesoros del mundo, teniendo por cierto que, en la clase de mal, es más delante de Dios un pecado venial o un defecto voluntario, que en clase de bien todo el fruto que se puede jamás hacer en todas las Misiones posibles.

27. Guardaré a la letra la Regla, las Constituciones y ceremonias, no solamente en el convento, sino también fuera de él, en aquello que sea posible.

28. Leeré las Constituciones y ceremonias, y anotaré todas aquellas cosas en que haya faltado hasta el presente, y procuraré enmendarme en todo.

29. Desearé hacer todo lo posible para ganar muchas almas a Dios sacrificando por ello gustoso la salud, el descanso y la misma vida.

30 Finalmente, me propongo obrar en todo por impulso de la gracia, y no por moción de la naturaleza.

161.— Para conocer cuando sea el instinto natural o movimiento de la gracia, tendré las señales siguientes, que me servirán para andar cauto en el obrar.

XXX

162.— Señales para conocer el instinto natural y el movimiento de la gracia

1.º La naturaleza desea que todas sus obras sean conocidas, hace ostentación y se gloria de ellas; la gracia procura ocultarlas siempre y que sean despreciadas, e interiormente: *Dilectus minus mihi et ego illi.*

2.º La naturaleza es muy solícita en las cosas temporales, la busca con avidez y ansiedad, quiere la abundancia y se entristece en la penuria; la gracia no hace estima de estas cosas, ni se cuida de ellas, antes las desprecia y no anhela sino el Supremo Bien y en El solo encuentra su paz.

3.º La naturaleza es instable en buenas obras, hoy hace y mañana deshace, desmaya y a la menor dificultad se rinde y se aparta del bien obrar; la gracia pone la mira en Dios y persevera constante en las buenas obras, lo mismo en la prosperidad que en la adversidad y sigue adelante generosa por el camino emprendido.

4.º La naturaleza se complace de sí misma, busca saber cosas curiosas, anhela desahogos, expansiones y pasatiempos con las criaturas, teme disgustar al cuerpo, porque teme perder la salud con temor demasiado solícito e inquieto; pero la gracia busca sólo el agrado y contento de Dios, trata al cuerpo como a un bruto y protesta que no quiere en este mundo más que la santidad de la vida.

5.º La naturaleza se entremete también en las cosas espirituales, quisiera siempre experimentar gustos y consuelos espirituales y ansía ser gran cosa delante de Dios; más la gracia hace al hombre humilde, paciente y justo, y esto sin que lo advierta, y buscando solamente el agrado de Dios, le ama y le sirve con ardor aun en medio de la aridez y el desamparo.

6.º La naturaleza da siempre en los extremos, traspasando los términos de la discrección; la gracia da la luz para escoger un buen medio para no hacer ni más ni menos de los que conviene y la obediencia permite.

7.º La naturaleza busca siempre las delicias internas o externas, y resiste con frívolos pretextos al que persuade la mortificación; la gracia, por el contrario, ama los desprecios, el desprendimiento, el padecer y la unión con Dios y al cual quiere amar en todo y por todo y en todas las formas para cumplir en todo su santísima voluntad.

8.º El instinto de la naturaleza inclina a todos los siete vicios capitales y nos levanta a cosas altas, elevadas y sublimes, tanto espirituales como temporales, hincha el corazón y lo inclina a los aplausos mundanos y a la vanagloria y nos persuade que nos acariciemos a nosotros mismos por todos los modos y maneras posibles y sus persuasiones penetran en el corazón con una cierta sutileza y suavidad sensual que fácilmente engaña al que no está cauta y recogido en sí mismo; más la gracia se opone a toda hinchazón del corazón, a toda precaución de espíritu y a toda dulzura de los sentidos, y siempre inclina a la humildad, resignación, castidad, desprendimiento y unión con Dios.

163.— De estas señales, o indicios tomaré regla para obrar siempre por el instinto de la gracia y no de la naturaleza, a fin de que el mismo ejercicio de la virtud no se falsifique en la presencia de Dios y no me halle en el número de aquellos que viven engañados, tomando la apariencia por la realidad. Para esto, antes de comenzar cualquier obra pediré luz e invocaré la ayuda de Dios, diciendo: *Jesús mío, misericordia.*

XXXI

Presencia de Dios

164.— La presencia de Dios pondrá el sello a todos estos propósitos, confiando que, si miro conti-

nuamente a mi Dios presente en mi alma, seré también fiel en observarlos.

165.— Reflexionaré que hay dos clases de presencia de Dios: una imaginaria y otra intelectual.

166.— La imaginaria se ejercita cuando nos imaginamos a Cristo Señor Nuestro figurándonos verlo; lo que se puede hacer de dos maneras, esto es, interior y exteriormente.

167.— La presencia de Dios exterior es aquella por la que nos lo imaginamos fuera de nosotros; por ejemplo en el calvario. La interior es cuando nos lo imaginamos dentro de nosotros. Debiendo pues pensar en la Pasión del buen Jesús, de ordinario me serviré de la presencia interior, imaginándome ver a Jesús padeciendo en mi corazón. Y esto lo haré especialmente durante la santa oración.

168.— La presencia de Dios intelectual es la que se fecunda en la fe; y esto se practica considerando a Dios presente en todas las cosas por esencia, presencia y potencia; y esto no es sola imaginación, sino artículo de fe.

169.— Y ésta también se ejercita de dos maneras. La primera, considerando a Dios como un mar de perfección, que se halla en todas las cosas, en lo alto y en lo profundo, en torno nuestro y en todas partes del espacio. Dios es quien lo hace todo, lo ve todo y lo ordena todo: sin El no se puede hacer cosa alguna, porque de el depende todo; y esta presencia de Dios la ejercitaré fuera de la oración, considerándome sumergido todo en Dios como una esponja en el océano y mirando a Dios en todas las cosas.

170.— La segunda manera es cuando se considera a Dios dentro de nosotros, como un espíritu purísimo, que penetra toda nuestra alma. Y así como la

vestidura viste el cuerpo y el cuerpo cubre el alma, así en el alma se contiene el gran Dios Trino y Uno. Siendo muy cierto que, en un alma que vive en gracia de Dios, mira y habita Dios de un modo particular y está en ella como en su trono, y en ella encuentra sus delicias. De aquí procede que, reconcentrada el alma dentro de sí misma, mire en sí, con los ojos de la fe, la majestad de Dios, toda la Santísima Trinidad y amorísima y amabilísima, y con esta mirada amorosa toma alas para elevarse pura y sencillamente, dando al olvido todas las criaturas sola con su Dios, amándole quieta y pacíficamente en la obscuridad de la fe, como sucede con dos amigos que se hallan a oscuras en una habitación, hablando el uno con el otro sin que se vean.

De este modo procederé ordinariamente con Dios en la oración. Pero fuera de la oración, me serviré de la otra manera de presencia de Dios, considerándolo presente en todas las cosas.

171.— Mas, para tener una memoria local, que me despierte a tener siempre la divina presencia en mi alma, me serviré de la lengua y de la mano; de la lengua, siempre que diga: *Jesús mío, misericordia* o la jaculatoria tan familiar de nuestro glorioso Padre San Francisco: *Deus meus et omnia*, dando entonces una mirada interior a Dios presente, tanto en mí, como fuera de mí.

172.— También me serviré de la mano como lo indiqué al hablar del Oficio divino. Y he aquí un modo fácil y suave para pensar siempre en Dios y tenerle presente, moviendo ahora el uno, ahora el otro dedo de la mano. Y esto lo haré frecuentemente, confesando predicando, conversando, comiendo, viajando solo o acompañado, en varias vicisitu-

des, peligros y tentaciones: acudiendo unas veces al Angel de mi Guarda y a los Santos, y otras a la Santísima Virgen moviendo el dedo correspondiente, haciendo varios actos, si hubiere oportunidad; y si no, de ahora para siempre hago este pacto para que mi Dios sepa mi buen corazón, y esto me basta.

XXXII

Modestia

173.— De esta presencia de Dios actual debo sacar una gran modestia en todas mis actuaciones, palabras y comportamientos; ora me halle solo, ora acompañado; y esto por el sumo respeto que debo a la soberana majestad de Dios. Me guardaré de dar en ligerezas y proferir palabras ridículas, observando siempre compostura grave y devota, dejándome guiar para esto de la luz de la fe la cual me enseña ser más cierto que Dios me está siempre presente, que lo es que yo estoy presente a mí mismo. No obstante esto, usaré de discreción, haciendo diferencia de tiempo y de persona.

174.— Por tanto, conversando con los religiosos, ora en los viajes, ora en la huerta o con los compañeros en misión, sobre todo después de la comida, usaré de una santa jovialidad y alegre afabilidad; pero con los demás guardaré mayor gravedad, y con todos procuraré no disiparme con sultura y discursos mundanos, para mantenerme recogido y no perder jamás la paz interior del corazón. Sobre esto haré diariamente el examen, como tengo dicho.

175.— Mas para conseguir esto es necesario que yo haga este propósito, que es el último, y que debería ser el primero, por ser de tan grande importancia esto es, hablar poco y en voz sumisa; no hacer las

cosas con precipitación e ímpetu, sino con tranquilidad de ánimo y compostura exterior. En esto faltaré muchas veces, pero más veces aún me impondré la penitencia, a fin de llegar de una vez a enmendarme con la gracia de Dios.

176.— Ruego, por tanto, a mi Padre espiritual que, leídos estos mis propósitos, si lo juzga conveniente, según Dios, me dé su bendición, para que todo lo haga con el mérito de la santa obediencia, concurriendo en esto el Superior, pues a él remito el juicio, y lo que él aprueba, entiendo que lo aprueba también el Superior. Y todo esto lo hago para estar seguro de hacer la voluntad santísima de Dios, resolviéndome, especialmente esta vez, a querer observarlo todo con más exactitud, pues de día en día me acerco más a la muerte. Y con este fin he querido renovarlos por última vez y volverlos a copiar para ser más diligente en su observancia.

177.— Si por fragilidad faltare algunas veces, que demasiado faltaré, me impondré al momento la penitencia y cuando no pueda hacer otra cosa, haré siquiera un acto de contrición.

Y aunque faltare cien veces, otras tantas propongo arrepentirme y levantarme, sin admitir inquietud alguna, sufriéndome a mí mismo como sufriría a cualquiera de mis prójimos. Mas, sea como fuere, ahora, humillado delante de mi Dios, propongo serle más fiel en lo sucesivo, para que sepa mi amantísimo Dios y todo el Cielo que mi voluntad es observarlo todo para mayor gloria, buscando sólo su gusto y divino beneplácito.

178.— Ruego al mismo tiempo a mi gran Señora y Madre, María Santísima que bendiga desde el Cielo estos propósitos, pues los pongo en sus santas

manos. Ruego también a mi Seráfico Padre S. Francisco y a mi abogado San Vicente Ferrer que los bendigan pues lo he hecho con el fin particular de imitarlos y seguirlos lo más de cerca que pueda. Y finalmente, ruego a mi Padre espiritual que los bendiga y los firme en señal de aprobación; y no contento con la firma de mis pasados Padres espirituales, ruego también al actual confesor, y aun al extraordinario que me asiste en ausencia del sobredicho, se digne firmarlos, como también yo los firmo, en testimonio de quererlos cumplir y observar.

Yo, Fr. Leonardo, pobre y pecador, tengo intención y propongo firmemente observar todos estos sobredichos propósitos, para gloria de Dios, honor de María Santísima de mi S. P. S. Francisco, de San Vicente Ferrer mi abogado y de los demás Santos mis protectores.

Yo, Fr. Fortunato de Sármató, elegido por confesor, apruebo los referidos propósitos y pido le sean bendecidos por el Señor, su Santísima Madre María Virgen y el Padre San Francisco.

Yo, Fr. Hipólito de Tirnavia, como Padre espiritual, no sólo confirmo los mencionados propósitos, sino que, si los observa puntualmente, le prometo de parte de Dios, de la Santísima Virgen y del S. P. S. Francisco la vida eterna, dándole de mi parte la santa bendición; y ruego y deseo de corazón que sean confirmados por ellos.

Yo, Fr. Mariano de Nereto, su confesor, confirmo los sobredichos propósitos, y ruego a la Santísima Virgen y a S. José, al Padre San Francisco y a todos los Santos que le alcancen la gracia de ponerlos en ejecución.

Yo, Fr. Bernardino de Florencia, elegido por

confesor extraordinario y Padre espiritual en ausencia del sobredicho confesor actual, apruebo, confirmo y bendigo todos los sobredichos propósitos, rogando a la Santísima Virgen, al Padre San Francisco y a San Vicente Ferrer que le alcancen la gracia de observarlos con exactitud.

Yo, Fr. Jerónimo de Pompeyana, su confesor, con la bendición del Señor apruebo y confirmo cuanto está escrito.

Yo, Fr. Serafín de Rapallo, elegido por su confesor extraordinario, apruebo, confirmo y bendigo los sobredichos propósitos, y ruego a la Santísima Virge con todos los Santos que le alcancen del Señor la gracia de observarlos perfectamente, para gloria suya y cumplimiento de su santísima voluntad.

Yo, Fr. Joaquín de San Remo, elegido por su confesor extraordinario, apruebo y confirmo los sobredichos propósitos.

Tales son los propósitos que desde el año 1717, hizo San Leonardo, retirado en la soledad del Encuentro, los cuales fueron la regla de su vida por espacio de 34 años, esto es, hasta el año 1751 en que murió. De ellos se puede muy bien colegir cuán abrasada caridad e inflamado espíritu fue el suyo durante dicho tiempo. Estos propósitos los tuvo ocultos siempre, guardados en la manga del hábito, y le fueron hallados después de su muerte. Ninguna persona supo ni fue consabedora de este maravilloso compendio de reglas que él se había prescrito. Sólo sus confesores, en tiempo de sus ejercicios, tuvieron de ello conocimiento y fueron sabedores de este secreto: porque, no presumiendo nada de sí mismo, los sujetó a su juicio y aprobación, sin la cual no hubiera emprendido jamás cosa alguna.

XXXIII

Práctica de bien morir enseñada por San Vicente Ferrer, añadida por San Leonardo al final de su propósitos

Apiádate de mí, Señor, y oye mi oración.

Apiádate de mí, Señor, porque estoy enfermo.

Sáname, Señor, porque mis huesos están conmovidos.

Apiádate, Señor, de mí: mira a qué abatimiento me han reducido mis enemigos.

Ten misericordia de mí, Señor, que estoy atribulado, conturbados están con el pesar mis ojos, mi alma y mis entrañas.

Ten piedad de mí, oh Dios, según tu grande misericordia.

Ten misericordia de mí, oh Dios, porque me pateó el hombre, me atribuló combatiendo todo el día contra mí.

Apiádate de mí, Dios, apiádate de mí; porque en ti confía mi alma.

Señor, ten misericordia de mí, porque a tí he clamado todo el día; alegra el alma de tu siervo, porque a ti, Señor, levanté mi alma.

Ten misericordia de nosotros, Señor, ten misericordia de nosotros, porque estamos muy hartos de desprecio.

Gloria Patri, et Filio, etc.

Oración

¡Oh Señor Jesucristo! que no quieres que ninguno perezca y que jamás se te ruega sin esperanza de misericordia, pues tu dijeste por tu boca bendita: *Todo lo que pidieréis en mi nombre, se os concede-*

rá. Te suplico, ¡oh Señor!, por la grandeza de tu santo nombre, que me concedas en el artículo de mi muerte la integridad de mis sentidos con el habla; vehemente contrición de mis pecados; verdadera fe, ordenada esperanza y perfecta caridad, para que con puro corazón pueda decir: En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu, me has redimido Dios de la verdad, que eres bendito por los siglos de los siglos. Amén.

INDICE

de las materias contenidas en estos propósitos

	Págs.
I.Desconfianza propia	16
II.Confianza en Dios	17
III.La Santa Misa	18
IV.El oficio divino	20
V.Oración mental	22
VI.Oración de súplica	24
VII.La fe	25
VIII.La esperanza	26
IX.La caridad	28
X.Prácticas de cada día	30
XI.Cada semana	43
XII.Cada mes	44
XIII.Cada año	45
XIV.Voto de pobreza	45
XV.Voto de castidad	49
XVI.Voto de obediencia	50
XVII.Virtud de la religión	52
XVIII.Pasión de Jesús	54
XIX.Devoción al Smo. Sacramento	54
XX.Devoción a María Santísima	55
XXI.Devoción al Santo Angel de la Guarda.....	56
XXII.Devoción a las almas del Purgato- rio	57

XXIII. De la humildad	57
XXIV. La caridad	62
XXV. Predicación	64
XXVI. Confesión	65
XXVII. Celo por la salvación de las almas. .	66
XXVIII. Resumen de algunos puntos	67
XXIX. Actos prácticos de la virtud	70
XXX. Señales para conocer el instinto natural y el movimiento de la gracia ..	73
XXXI. Presencia de Dios	75
XXXII. Modestia	78
XXXIII. Práctica de bien morir	82